



Toledo, do le esperaba Carlos, conde de Artoes, embajador que era venido de parte del rey de Francia. La suma de la embajada contenia dos cosas: que por su medio los hermanos Cerdas fuesen puestos en libertad, y que no tuviese comunicacion con el rey de Aragon que estaba descomulgado por el papa. Respondió á esto el rey D. Sancho que dentro de muy pocos dias enviaria sus embajadores con poderes muy bastantes al rey de Francia para asentar aquellas haciendas. Esta respuesta dió en público: de secreto rogó ahincadamente al embajador que le hiciese muy amigo de su rey. Hay quien asimismo escriba que este tiempo fué cuando el rey D. Sancho le tentó para que le descubriese los secretos del reino de Francia, y que Broquio, por entenderse que era espía, fué justiciado como de suyo queda dicho.

El rey de Aragon, juntadas sus huestes contra las de Francia, se puso sobre Tudela, que está en la frontera de Navarra, y la combatía con todas sus fuerzas; todo con intento de divertir los franceses, que entendia pretendian acometer por la parte de Ruisellon, y para dallas en que entender en su misma casa con aquella nueva guerra. Defendióse aquel pueblo, sobre todo por el valor y diligencia de D. Juan Nuñez de Lara, persona más venturosa en las cosas ajenas que en sus haciendas y estado. Solamente destruyeron la campaña, y bastecieron las fronteras de Aragon con soldados y municiones para que pudiesen resistir á la furia del enemigo. Hecho esto, ya que sobrevenia el invierno, el rey de Aragon dió vuelta para Zaragoza, en que estuvo al fin deste año y principio del siguiente de mil y doscientos y ochenta y cinco del nacimiento de Cristo, cuando á siete dias del mes de Enero, Carlos, rey de Nápoles, pasó desta vida en Foggia, pueblo de la Pulla, cansado de las desgracias, y aquejado con el dolor de la prision y cautiverio de su hijo. Fuera este principe esclarecido así en la guerra como en la paz, si los fines correspondieran con los principios. La largedad le entregó á la fortuna mudable como á otros muchos. Demas que el vigor y gallardía que los franceses trajeron á Italia, se trocará y perdiera del todo con el mucho regalo y vicio

de aquella tierra, y con los deleites demasados, de tal forma que para con los extraños eran flacos, sólo para con los vasallos y naturales mostraban ferocidad. Los gobernadores de las ciudades y pueblos hacian odioso á su principe con cuidar solamente de su ganancia, cohechar la gente y mirar poco por el bien comun.

Esta muerte del rey de Nápoles hinchó de buenas esperanzas y alegría al rey de Aragon; al contrario, al rey de Francia muy pesada. Para aliviar la tristeza con causalla á sus enemigos, hizo levas de gentes por todas partes. Juntó un gran ejército, en que se contaron veinte mil de á caballo y ochenta mil de á pié; tenia aprestada una armada en las fosas Marianas, que hoy se llaman Aguas Muertas, en que se contaban ciento y veinte bajeles, parte galeras reales, parte naves gruesas y otros vasos pequeños. Determinó ir en persona á esta jornada, y en su compañía Philipo y Carlos sus hijos, y D. Jaime, rey de Mallorca, que seguia al frances por grandes disgustos que tenia contra el aragones su hermano. Hallóse otrosi con los demas el cardenal Gervasio, que envió por su legado el papa Martino IV, por cuya muerte, que sucedió en Perosa á veintinueve dias del mes de Marzo, fué puesto en su lugar Honorio IV, ciudadano romano de casa Sabella, no ménos aficionado á los franceses que lo fué el pasado.

Hízose la masa del ejército en Narbona, dende marcharon la vuelta de Perpiñan. Este lugar se entregó al rey D. Jaime, y recibieron á los franceses dentro de las murallas. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demas lugares de Ruisellon y de aquella comarca, fuera de uno que se llama Génova, ca con esperanza que sería presto socorrido, y por el aborrecimiento que tenia al rey D. Jaime, y por no volver á su poder, determinó de hacer resistencia. Engañóle su esperanza, porque el lugar fué tomado por fuerza y todos los moradores pasados á cuchillo, hasta encruelecerse contra las mismas casas y edificios que abatieron y quemaron.

El bastardo de Ruysellon, hombre de noble linaje y atrevido, que dentro se halló, entrado,

CAPÍTULO XIV.

El rey de Aragon pide al emperador Rodolfo que le ayude para poder resistir á los franceses.—Hace alianza con D. Sancho.—Los moros entran en Andalucía.—El rey de Francia pide á D. Sancho que se separe del rey de Aragon y procure que se pongan en libertad los hermanos Cerdas.—El rey de Aragon sitia á Tudela, y no la puede tomar.—Badajoz se altera.—Los revoltosos apellidan por rey á D. Alonso de la Cerda, y luégo son reducidos.—Talavera tiene la misma suerte.—Los reyes de Castilla y de Francia se juntan en Bayona, y hacen confederacion.—El rey de Aragon y Carlos, rey de Nápoles, hacen treguas.

Concluida aquella empresa de Albarracin, restaba otro mayor cuidado al rey de Aragon, es á saber, la tempestad que le amenazaba de Francia, la más brava, grave y memorable de cuantas en aquellos tiempos sucedieron, así por ser grandes las fuerzas de aquella nacion, como la autoridad con que se hacia, que era á instancia del Sumo Pontífice; que encendia los corazones de los contrarios y los alentaba. El rey de Aragon no tenía fuerzas bastantes para contrastar á Francia, mayormente que se le allegaba lo de Navarra y de Nápoles. Acudió á buscar socorros de fuera, en particular envió embajadores á Alemania para dar un tiento al emperador Rodolfo si por ventura movido á compasion del bando gibelino, que era maltratado y oprimido por los franceses en Italia, quisiese favorecelle y para este efecto bajar á Italia. Era el emperador de su naturaleza considerado y recatado, y que se agradaba más de los consejos seguros que de las empresas peligrosas, demas que á la sazón le tenía embarazado la guerra que hacia á los esguizaros. Así esta diligencia no fué de efecto alguno, ni los

embajadores, fuera de buenas palabras, trajeron cosa alguna en que se pudiese estribar.

El rey D. Sancho, á ruego del rey de Aragon que se deseaba ver con él, partió para Soria: en aquella comarca tuvieron su habla en Ciria y Borobia, que son pueblos cerca el uno del otro. Allí con nueva confederacion que asentaron, confirmaron la amistad que de antes tenían, y prometieron de no faltarse el uno al otro en los peligros y ocurrencias. El rey de Marruecos, como enemigo que era ordinario y muy pesado de España, pretendia hacer la guerra de nuevo por la parte del Andalucía. Los franceses corrian las fronteras de Aragon con tanto mayor peligro de aquel reino, que D. Jaime, rey de Mallorca, que de razon debiera acudir á los aragoneses, se habia juntado con Francia. En todas partes se via mucho peligro y nuevas muestras de trabajos. Cercaron los moros á Jerez de la Frontera en número de diez y ocho mil hombres de á caballo, que corrian toda la campaña hasta Sevilla con robos que hacian en gran cantidad de hombres y ganados. Acudió con presteza el rey D. Sancho



el pueblo, se subió á la torre de la iglesia; valiéronle para escapar de la muerte más los ruegos del rey D. Jaime que la fortaleza y santidad del lugar en que estaba. Sin embargo, se mostró agradecido á los franceses, porque como quier que el rey de Aragon estuviese apoderado de la entrada y estrechuras de los montes Pirineos, de tal suerte que los enemigos no tenían esperanza de poder pasar por allí, los guió por unos senderos que él sabia, por donde con cierto rodeo subieron á las cumbres del monte sin peligro ninguno, y se pusieron sobre el mismo campo de los aragoneses. Con esto y con el espanto que ellos desto cobraron, los reyes con seguridad pasaron adelante hasta llegar á la comarca de Ampúrias. Allí con facilidad se apoderaron de algunas plazas, en particular de Peralada y Figueras, sin reparar hasta ponerse sobre Girona, que es una ciudad muy noble y grande en los pueblos que antiguamente se llamaron ausetanos. Está puesta en un sitio cuesta abajo; al pié del sitio el rio llamado ántes Thici, y ahora Tera, tiene comidas aquellas riberas junto á la ciudad, de suerte que le hace gran reparo. Los muros son de buena estofa; las torres de piedra y fuertes; en lo más alto de la ciudad está la iglesia mayor, que es silla episcopal, y junto á ella las casas obiscales de muy buen edificio y grande. Más arriba de la iglesia mayor hay una torre á manera de alcázar, que llaman Gironela.

El vizconde de Cardona, D. Ramon, que tenía por capitán aquella ciudad, la fortaleció con nuevos reparos, echó por tierra todas las casas del arrabal, sólo perdonó á la iglesia de San Félix por su mucha devoción y antigüedad. El valor y diligencia de que usó, fué grande, con que muchas veces desbarató y pegó fuego á los ingenios, máquinas y pertrechos de los franceses. El rey de Aragon, otrosí, con buen golpe de gente, que consigo tenía, andaba por allí cerca. No eran sus fuerzas bastantes para acometer al enemigo y darle la batalla; pero buscaba alguna ocasión para armalle alguna celada y meter socorro en la ciudad. Había ya tres meses que la tenían cercada, cuando don Sancho, rey de Castilla, envió por sus embajadores á D. Martín, obispo de Calahorra, y á Go-

mez García de Toledo, abad de Valladolid, para acordar, si pudiese, estas diferencias. No hicieron efecto alguno, ántes fueron forzados á dar la vuelta cargados de muchos baldones y palabras injuriosas que les dijeron, casi sin dallas lugar para hablar al rey de Francia. La ocasión debió ser la grande confianza que tenían de salir con la victoria, ó por sospechar que so color de embajadores venían á espíar las fuerzas é intentos de los franceses.

Era fama que al rey D. Sancho no le faltaba voluntad de juntar sus fuerzas con las de Aragon, y que se entretenía á causa de la guerra que traía muy encendida en el Andalucía con los moros de algunos meses atras, ca tenían puesto sitio sobre Jerez de la Frontera, de la cual ciudad con todo su esfuerzo pretendían apoderarse, porque les venía muy á propósito para sus intentos. Esquivaba el rey D. Sancho la batalla por no poner á riesgo de lo que podía suceder todo lo demas; por esto á veces estaba en Sevilla, otras iba á Nebrija, siempre apercebido para todas las ocasiones y para estorbar las correrías y cabalgadas de los moros. Con este ardid y por esta forma á cabo de seis meses que los moros tenían cercada á Jerez, alzaron el cerco forzados de la falta de todas las cosas necesarias y por miedo del rey D. Sancho, si mudado de propósito les quisiese dar la batalla. Preguntó uno á la vuelta al rey bárbaro despues que pasó el rio Guadalete con tanta priesa que más parecía huida que retirada, cuál fuese la causa de aquella resolución y del miedo que mostraba. Respondió: «Yo fui el primero que entronicé y honré la familia y linaje de Barrameda con título y majestad real; mi enemigo trae descendencia de más de cuarenta reyes, cuya memoria tiene gran fuerza, y en el combate á mí pusiera temor y espanto, á él diera atrevimiento y esfuerzo, si llegáramos á las manos.

Parecía que el cielo ofrecía muy buena ocasión de hacer efecto y destruir al enemigo, si le siguiera en aquella retirada; pero al rey más agradaban los prudentes consejos con razón, que los arriscados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho. Así contento de fortificar y bastecer aquella ciudad, se tornó á Se-



villa, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejaban ir el enemigo de entre manos, y con ansia pedían los dejasen seguirle, asta amenazar que si perdían esta ocasión, no tomarían más las armas para pelear; mas el rey, inclinado á la paz, no hacia caso de aquellas palabras. Enviáronse embajadores de una parte y otra sobre estas cosas, y viniéronse á hablar los reyes á los esteros del Guadalquivir, otros dicen que fué en un lugar llamado Rocaferrada: allí hicieron sus avenencias. Acordaron que el rey moro pagase para los gastos de la guerra dos quientos de maravedís (este era un género de moneda usada en España que no tenía siempre un valor), y con este concierto se dejaron las armas. Mucha gente principal se desabrió por esta causa, en particular el infante D. Juan, hermano del rey, y D. Lope Diaz de Haro, en tanto grado que por el des gusto, desde Sevilla se fué cada uno á los lugares de su señorío, sin mirar que á los grandes capitanes más veces fué provechosa la tardanza y detenimiento que la temeridad y osadía: á ellos pertenece mirar lo que conviene, á los demas les es dado el obedecer y la gana de pelear, que así se reparten los oficios de la guerra. De allí á poco murió el rey bárbaro de Marruecos: dejó por su sucesor á su hijo Juzeph.

Volvamos á Girona y á su cerco. El rey de Aragon, con deseo de atajar el bastimento que del puerto de Rosas, donde se tenía la armada de los enemigos, traían para sus reales, trataba de armarles alguna celada en los lugares que para ello le parecían más á propósito. Entendido esto por los espías, el condestable de Francia llamado Rodolfo, y Juan Ancurt ó Haricurt, mariscal, que es como maestro de campo, varones muy fuertes y arriscados, comunicado el caso entresí y con el conde de la Marcha, se fueron al lugar de la celada con trescientos caballos escogidos, y no más. Pretendían que los aragoneses, por ser tan poca su gente, no rehusasen la batalla. Pelearon á quince de agosto. Fué este encuentro y esta batalla muy reñida. Los aragoneses eran más en número: los franceses no les daban ventaja ni en el esfuerzo ni en la arte de pelear. El rey de

Aragon hizo aquí todo lo que en un prudente capitán y valeroso soldado se podía desear. Hiriéronle malamente en la cara; y como procurase salir de la batalla, un caballero frances le asió las riendas del caballo y le prendiera fácilmente, si el rey en aquel peligro no las cortara con la espada que tenía en la mano desnuda, y así se escapó á uña de caballo: así lo escribe Villanevo, que hizo errar á los demas, porque los historiadores aragoneses todos afirman que el rey salió sano y salvo de la pelea, y que murieron tantos de una parte como de otra, aunque el campo quedó por los franceses. Si el caso pasó de esta manera ó se mudó por la afición de los escritores, no se sabe; lo que consta es que por la gran calor y las inmundicias, y el tiempo que era el más peligroso de todo el año, sobrevino peste en el campo de los franceses; y sin embargo, los cercados, con las nuevas deste encuentro, perdida la esperanza de defenderse, se dieron á los franceses á partido que entregada la ciudad, pudiesen los cercados irse donde quisiesen, y sacar consigo toda la ropa y hacienda que pudiesen llevar. Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos, y hasta las iglesias de los santos fueron violadas. El sepulcro de San Narciso, que es patron y abogado de aquella ciudad, y tenido y reverenciado con gran devoción y estima, fué desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles que allí hallaron en gran cantidad: tal es la condición de la guerra. Castigó el santo bienaventurado en venganza de su humorada aquel desatado con aumentarles la pestilencia: así se tuvo por cierto entre todos. Quitó otrosí el entendimiento á los capitanes, porque tomada que fué la ciudad, como quier que determinasen de irse por tierra desde allí á Francia, venido el otoño (mal pecado) despidieron muchas naves de particulares que tenían en el puerto de Rosas por ahorrar de costa y desembarazarse: muy mal acuerdo, como lo mostró el suceso.

Fué así, que Rugier Lauria, tomado que hubo la ciudad de Taranto en lo postrero de Italia, á gran priesa costeó todas aquellas marinas para venir á dar socorro al rey de Aragon. Llegado á España, y vista tan buena ocasión, presentó



la batalla al armada de los franceses, que se hallaba fuera del puerto maltratada y en pequeño número, y valerosamente la venció. Prendió á Juan Escoto, general de la armada francesa, y tomó quince galeras: otras doce se retiraron y se metieron en el puerto de Rosas, de que salieron; las cuales quemaron los soldados que iban en ellas, y juntamente el lugar (tal era el miedo que cobraron), y desta manera se fueron al campo del rey de Francia con la nueva del daño recibido. El frances, por ver que todas las cosas le salian más dificultosas de lo que él pensaba, y afligido por la poca salud que tenía, reparó y fortaleció la ciudad de Girona, y puso en ella buena guarnicion de soldados: con tanto dió la vuelta hácia Ruiseillon con lo que del ejército le quedaba. Al pasar los montes Pirineos tuvieron él y los suyos grande afán, y corrieron gran riesgo á causa que los aragoneses tenían tomados todos los pasos, y hacian lo posible por prender al rey de Francia, que por su enfermedad llevaban en hombros en una litera sus soldados. Grande fué el daño que recibieron: gran cantidad de bagaje y carruaje les tomaron en este camino. Lo que fué más pesado, que del movimiento del camino al rey se agravó la enfermedad, de suerte que en Perpiñan á seis de Octubre pasó desta vida. Su cuerpo, como lo dejó mandado, llevaron su mujer y hijos á la iglesia de San Dionisio, que está junto á París. Sucedióle en el reino Felipe, su hijo, que era ya rey de Navarra; llamóse por sobrenombre el Hermoso, por su extremada gracia y donaire.

La partida de los franceses fué causa que en breve tornaron á poder de los aragoneses todas las tierras que les tomáran. Demas desto, el infante D. Alonso, enviado por su padre, se apoderó de la isla de Mallorca en pago del favor que aquel principe dió al rey de Francia, y de la amistad que con él trabó contra su mismo hermano. Pretendia el aragones seguir la fortuna que se le mostraba risueña: procuraba ir adelante y mejorar su partido, trazaba nuevas empresas cuando la muerte asimismo le atajó los pasos, que le sobrevino en Villafranca á ocho de Noviembre en lo mejor de sus dias, y en el mayor vigor de su edad, que no

tenía más de cuarenta y seis años. Ganó sobrenombre de Grande por dejar acrecentado su reino con el de Sicilia, y por las cosas señaladas que hizo. Asentábase bien el estado real por ser de buena presencia, de cuerpo grande, de ánimo generoso, muy diestro en las armas, particularmente en jugar de la maza. En ganar las voluntades de los hombres con buenas palabras, cortesía y liberalidad fué muy señalado; sólo dejó nota de sí por la descomunion en que estuvo enlazado hasta el fin de su vida, cuya imaginacion se dice que le aquejó mucho, y se le ponía delante á la hora de su muerte: por lo ménos es bien y provechoso para todos que así se entienda. Puesto que de aquel escrúpulo y congoja en el artículo de la muerte le absolvió el arzobispo de Tarragona, tomándole primero juramento, seria obediente á la Santa Iglesia romana, á la cual ántes se mostró inobediente.

Su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz, que está allí cerca. Sus hijos fueron D. Alonso el mayor, que en su testamento nombró por heredero de sus reinos, sin hacer mencion alguna del reino de Sicilia: demas deste, D. Jaime, D. Fadrique, D. Pedro, doña Isabel, doña Constanza: todos habidos en la reina doña Constanza, su mujer. Hallóse á su muerte Arnaldo de Villanova, que vino de Barcelona para asistirle y curarle, médico muy nombrado y docto en aquellos tiempos, bien que de mayor fama que aprobacion, por dejar amancillado su noble ingenio y sus grandes letras con supersticiones y opiniones reprobadas que tuvo: tanto, que poco adelante fué condenado por los inquisidores, y sus libros, que compuso y sacó á luz en gran número juntamente reprobados. Hay quien diga, por lo ménos el Tostado lo testifica, que intentó con simiente de hombre y otros simples que mezcló en cierto vaso, de formar un cuerpo humano, y que aunque no salió con ello, lo llevó muy adelante. Si fué verdad ó mentira, poca necesidad hay aquí de averiguarlo.

La desgracia deste año, por la muerte de tantos principes aciago, alivió en alguna manera el parto de la reina de Castilla. En ausencia del rey, que era ido á Badajoz á dar ór-



den en cosas del reino y apaciguar los alborotos que allí andaban, parió á los seis de Diciembre un hijo en Sevilla, por nombre don Hernando, que poco despues, muy niño, sucedió á su padre en el reino. El cuidado de crialle y amaestrarle se encargó á Hernan Ponce de Leon, caballero principal, y para ello señalaron la ciudad de Zamora por el saludable cielo de que goza, la fertilidad y regalo de sus campos y comarcas. Demas desto el año próximo siguiente de mil doscientos ochenta y seis, le juraron en córtes por heredero del reino, todo á propósito de asegurar la sucesion, que era el mayor cuidado que aquejaba á su padre, así por los hermanos Cerdas, como por ser cosa manifiesta, que á causa del parentesco entre él y la reina, el casamiento no era válido. Deseaba alcanzar dispensacion de los sumos pontífices sobre el dicho parentesco; pero nunca pudo salir con ello por la contradiccion que los reyes de Francia le hacian. La causa es de creer era el dolor de que hobiese usurpado el reino y despojado á los Cerdas, deudos tan cercanos de aquella corona. Por tanto procuraba el rey D. Sancho, por todas las vías y maneras posibles, ganalle la voluntad, con el cual intento segunda vez envió sus embajadores, que fueron los mismos que el año pasado, es á saber, D. Martín, obispo de Calahorra, y D. García, abad de Valladolid, á Francia, donde á seis dias de Enero, el nuevo rey Philipo se coronó y ungió por rey de Francia y de Navarra en la ciudad de Rems con las ceremonias y solemnidades acostumbradas.

En tiempo deste rey, y por su mandado, se edificó en París, en la isla de Secana ó Seine, el palacio real que allí se ve, á manera de un grande alcázar, en que poco adelante se asentó la audiencia ó parlamento; y la administracion de la justicia que ántes seguía la córte sin tener asiento estable, se puso en lugar determinado y tribunales conocidos. Labróse otrosí en la misma ciudad á expensas de la reina, el colegio que llaman de Navarra, de los más insignes que hay en el mundo, así por la grandeza del edificio, como por el gran número que tiene de maestros y concurso de estudiantes. Dicese por cierto que en los buenos

tiempos de Francia moraban dentro dél setecientos estudiantes ocupados en sus estudios: mudadas las cosas y alteradas á la sazón que profesamos la teología en aquella universidad, apenas en el dicho colegio se contaban quinientos entre oyentes y maestros. Deste número algunos sustentaba el colegio á su costa, los demas viven á la suya y de sus padres. Tuvieron estos reyes muchos hijos, es á saber, Luis, Philipo, Carlos, Isabel y otra hija que murió en tierna edad. Esto en Francia.

En Sicilia el infante D. Jaime, luégo que supo la muerte de su padre, tomó las insignias de rey en Mecina á dos de Febrero, y se llamó rey de Sicilia, principe de la Pulla y de Capua, como aquel que poseia parte del reino de Nápoles, y tenía esperanza de apoderarse de las demas ciudades y fuerzas del reino, dado que todas las tierras y partes de aquel reino estaban pertrechadas y fortificadas contra los intentos de los sicilianos; y esto por el mucho valor y diligencia de Roberto, conde de Artoes, á quien el rey de Francia, muerto el rey Carlos, encargó el gobierno de Nápoles. D. Alonso el Tercero, rey de Aragon, por estar algunos meses ocupado en aprestar una armada para ir sobre Mallorca y Menorca, cosa que su padre á la hora de su muerte dejó muy encomendada, dilató su coronacion. Finalmente, á los catorce dias del mes de Abril, el mismo dia de Pascua florida de Resurreccion, tomó la corona en Zaragoza y las demas insignias reales. Hizo la ceremonia D. Jaime, obispo de Huesca, por estar á la sazón vaca la silla arzobispal de Tarragona, cuya era aquella preeminencia por antigua costumbre. Juró el rey de guardar los privilegios, fueros y libertades de aquel reino. Tratóse con muchas véras y gran porfía de reformar los gastos de la casa real; particularmente en las córtes que de allí á pocos dias se tuvieron en Huesca, concedió á los señores y caballeros de Aragon á su instancia, que los valencianos, poco ántes deste tiempo, incorporados en aquella corona, se gobernasen conforme á las leyes de Aragon.

Fallecieron este mismo año grandes personas eclesiásticas, entre otros D. Miguel Vintrocario, obispo de Pamplona: sucedióle en la